

TRIBUNA LIBRE

El PSOE que hay que construir

JUSTO DE LA CUEVA ALONSO

¿Pero hay que construir el PSOE? Sí. Aunque el PSOE haya salido de las elecciones del 15 de junio convertido en el más fuerte partido político español, aunque pueda ostentar la baza de más de cinco millones de votos, lo cierto es que hay que construirlo. Todos los militantes (y muchos de los simpatizantes que han colaborado en la campaña electoral) sabemos bien cuán endeble es la estructura del partido. Sabemos bien cómo ese inmenso fardo de cinco millones largos de confianzas se ha depositado sobre un armazón apresurado, se ha conseguido a pesar de que la propia campaña ha sido desorganizada, incoherentemente ensamblada, vitalmente soportada por el muchas veces heroico sacrificio y por el inagotable entusiasmo de unos militantes no dirigidos que han suplido con su esfuerzo la orfandad de las técnicas y la inexistencia de la planificación eficaz. Y que, entre otras cosas, esos defectos nos han privado de una mayoría que era factible alcanzar.

Por otra parte, todo esto no tiene nada de extraño y, en todo caso, hay que cargarlo a la cuenta de la dictadura franquista. Todavía en diciembre pasado los delegados que asistíamos al XXVII Congreso en Madrid vivíamos la contradicción de nuestras sesiones públicas con la certeza de nuestra condición de ilegales, con la seguridad de que (con la ley Penal franquista vigente en la mano) los guardias que «protejan» el Congreso podían detenernos a todos si quisieran. Pero el que los defectos de organización y estructura sean explicables no los elimina. Como no sirve de consuelo el que aún sea más etérea y fantasmagórica la estructura de la UCD o la de la Alianza Popular o la de la Federación Demócrata Cristiana. Sólo vale para saber que en el país de los ciegos somos los tuertos. Estamos mejor que los ciegos, claro. Pero estamos tuertos.

Tengo para mí que este problema no es cuestión que deba

preocuparnos sólo a los militantes del PSOE. Ni siquiera sólo a los socialistas. Ni siquiera sólo a nuestros votantes. Cuando un partido recibe cinco millones largos de votos deja de ser, si alguna vez lo ha sido, el cortijo de unos pocos para convertirse en una institución pública cuyos problemas son de interés público.

¿Cómo debe ser el PSOE que hay que construir, pues? Por supuesto, en primer lugar debe ser un partido. Esto es, un grupo organizado a nivel local, comarcal, regional, nacional y estatal que tenga como fin alcanzar el poder y, una vez en él, hacer prevalecer las ideas y/o los intereses de sus miembros. El primer requisito es, por tanto, constituirse como grupo realmente organizado a todos los niveles, con unas reglas de juego (estatutos) acordadas por todos los miembros y respetadas también por todos los miembros.

Pero, ¿cuáles son las ideas y los intereses que debe intentar hacer prevalecer ese partido? Es vital (no sólo para el PSOE, sino para España) que acertemos al responder a esa pregunta. Porque un partido en la situación del nuestro tiene que ser capaz de armonizar su fidelidad a tres componentes distintos: su identidad histórica, la voluntad mayoritaria de sus militantes y la voluntad de los electores que le han dado sus votos.

Cuando un partido se presenta a unas elecciones lo que hace es ofrecer a los electores que firman lo que los juristas romanos llamaban un contrato innominado, una oferta cerrada cuyo cumplimiento tiene derecho a exigir todo aquel, sea quien sea, que pague la contraprestación establecida, en este caso el voto. Por ello parece claro que los militantes del PSOE no podemos construir un PSOE que sea sólo marxista,

revolucionario y de clase, y, además, republicano. Y no podemos hacerlo porque parece evidente que no todos los cinco millones largos de votos que hemos sumado han sido votos para el marxismo, la revolución, la lucha de clases o la República. Lógicamente, porque no ha sido esa la oferta que hemos hecho, como partido, en la campaña electoral. Nuestro primer secretario, Felipe González, habló treinta minutos por televisión. Y en esos treinta minutos no dijo una sola vez ni «marxismo» ni «revolución» ni «República» ni «lucha de clases». Y tampoco se han escrito una sola vez esas palabras, ni en el manifiesto electoral, ni en los dípticos, ni en el folleto «Programa electoral del PSOE», ni en los carteles que hemos distribuido o pegado por millones.

Es cierto, sin embargo, que en las conclusiones aprobadas por el XXVII Congreso la ponencia política (inspirada por la propuesta de los socialistas madrileños) reafirma que el PSOE es «un partido de clase y, por tanto, de masas, marxista y democrático», siempre conectado «con la perspectiva de la revolución socialista». Es también cierto que otra conclusión aprobada fue la de que «el PSOE propugna la instauración de una República federal de trabajadores, integrada por todos los pueblos del Estado español». Pero eso no se le ha dicho a los electores en la campaña electoral.

Podremos los militantes pedirle cuentas a Felipe González y al «aparato» del partido por haberse apartado de las conclusiones del congreso. Pero no podemos pedirle cuentas a los electores por

no saber que lo que se les ha ofrecido en la campaña es diferente de la línea política aprobada por el órgano supremo del partido.

Siendo ésta la situación, ¿qué podemos hacer hoy aquellos militantes del PSOE que somos marxistas, revolucionarios, republicanos, convencidos de la lucha de clases y que además conseguimos establecer mayoritariamente esa línea política en las conclusiones del XXVII Congreso? Dejaríamos de ser marxistas si desconociéramos la realidad y pretendiéramos expulsar a los que no son marxistas, ni revolucionarios, ni republicanos, ni luchadores de clase, primero del partido y luego de nuestro electorado. Tenemos que aceptar el dato de que aunque en diciembre conseguimos hacerles minoría en el Congreso son probablemente hoy mayoría en el partido y casi seguro en nuestros cinco millones de votos.

Pero si nosotros no podemos hacer eso, tampoco pueden los socialdemócratas de nuestro partido pretender expulsarnos de él a los marxistas, revolucionarios, republicanos y luchadores de clase. Entre otras cosas, porque una parte de esos cinco millones de votos sí que son eso. Entre esos cinco millones de votos están los de los mineros asturianos, los aceituneros de Jaén, los obreros vallecanos y del cinturón rojo madrileño y barcelonés...

La única salida posible es que reconozcamos, unos y otros, la realidad, que es muy tozuda y suele romper los dientes a los que se empeñan en ignorarla (que se lo cuenten si no a Fraga y a su Alianza). Y la realidad es que estamos obligados a convivir en un partido socialista de amplio espectro. Que por ser socialista está obligado a ser diáfano. Y que de-

be reconocer con claridad ante los españoles que en él hay tendencias nitidamente diferentes.

Se hace imprescindible la celebración (prevista expresamente en las conclusiones del XVII Congreso) de un congreso extraordinario del partido para fijar con precisión la línea mayoritaria y minoritaria ante la nueva situación, ante esos cinco millones largos de votos obtenidos después de la concreta campaña electoral llevada a cabo. Se hace imprescindible que ese congreso reconozca expresamente la existencia de tendencias en el partido, porque aquella que pretende imponerse rigidamente eliminando a las otras sólo conseguirá romper el partido.

Los marxistas no tenemos más prisa que la que tiene la historia. Aceptamos que en este momento la obsesiva preocupación de los españoles era desembarazarse de la carcasa podrida de la dictadura franquista. Esperamos convencer en pocos años, primero a la mayoría de nuestros compañeros de partido y, luego, a la mayoría del país, de que la sociedad capitalista (incluso la «avanzada») es una alternativa históricamente agotada. Y de que su única salida válida, la única que evitará la catástrofe planetaria, es la revolución socialista. Y nos proponemos difundir esa opción de forma diáfana y clara en el seno del partido y de la sociedad española. Incluyendo en la exposición el método para conseguir en España una mayoría (el 60 o el 65 %) que sea suficiente para hacer eficazmente la revolución socialista: la unidad de la izquierda.

Por favor, seamos todos claros. Ser socialista es ser, además de igualitario, diáfano.

Justo de la Cueva Alonso ha sido secretario general de la Agrupación Socialista Madrileña (sector histórico), miembro de la Comisión Mixta de Reunificación del PSOE madrileño, delegado por Madrid en el XXVII Congreso del PSOE. Actualmente militante de base del PSOE, sometido a expediente disciplinario en trámite.

Revista de la prensa

Le Figaro

Problemas del eurocomunismo

«La definición más general del eurocomunismo podría ser la siguiente: mientras que el comunismo ortodoxo considera como fundador, director y dominante el hecho para un partido comunista de pertenecer al movimiento comunista mundial, el eurocomunismo pone, por el contrario, el acento sobre el hecho de pertenecer a un sistema político nacional. (...)»

Ahora bien, el lenguaje de Santiago Carrillo a la televisión francesa, denunciando el Santo Oficio ruso es diferente de George Marchais, este eurocomunismo al estado puro es solamente del Partido Comunista español y sin duda el Partido Comunista japonés (que llega hasta plantear a Moscú problemas territoriales). Nada permite, por otra parte, predecir a este eurocomunismo, a pesar de su audacia seductora, un éxito convincente. Las tres pruebas electorales

que, en el curso de este año han dado la ocasión de medir el eco encontrado por una tal manera de comprender el eurocomunismo —la campaña electoral de Jean Eillenstein en el quinto distrito de París en el otoño, el del Partido Comunista español en junio y del Partido Comunista japonés a primeros de julio— han sido tres fracasos.

Sea lo que sea, este eurocomunismo no es el de los comunistas franceses en sus versión autorizada. El eurocomunismo es en Francia el aire moderno de una estrategia antigua: la estrategia del Frente Popular, de la Unión de la Izquierda. Aunque esta estrategia apela como en los tiempos del Frente Popular o de la Liberación a la libertad y la independencia nacional, no exige una eventual ruptura con Moscú y el modelo soviético...»

Paris, 19 julio

The Guardian

«El Gabinete español se reúne mañana para fijar los términos de su petición de ingreso en el Mercado Común...»

El primer ministro español, señor Suárez, está preocupado acerca de las crecientes dudas de sectores de la industria y el comercio sobre la oportunidad de una entrada prematura en el Mercado Común, pero quiere iniciar ya, cuando hay una atmósfera política favorable, las negociaciones for-

males de este largo proceso que llevaría a España al Mercado Común. Está también interesado en utilizar el ingreso de España en el Mercado Común como objetivo para sobrellevar la crisis económica actual en España.

Después de que se haya formulado el pedido de ingreso, es probable que Suárez en los próximos meses inicie un viaje a las capitales de los nueve países para explicar las intenciones de su Gobierno. Una actitud similar fue adoptada por el

primer ministro griego, Caramanlis, y el primer ministro portugués, Soares, para atraerse la buena voluntad política antes que la comisión europea se pronuncie sobre su pedido de ingreso...»

Londres, 19 julio

Máximo

